

EL DEBER DE AMÉRICA

POR JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

(Leído en una velada del Comité de Damas pro-Santo Domingo, en la ciudad de New York)

Amazonas gentiles de la raza indo-hispana
que en estas soledades sois la alegre campana
que repica en las fiestas de la resurrección,
yo os saludo y os rindo mi lírico homenaje
y pongo en vuestras manos el fraternal mensaje
de otras gentes que viven vuestra misma ilusión.

La América española que apellidan latina,
y que yo llamaría la América Divina
por su temperamento cálido y soñador,
hace tiempo que pasa sus noches intranquilas,
clavadas en el Norte brumoso las pupilas
entre las epilepsias de un inmenso terror.

Y ese terror gratuito, que es mengua de la raza
más heroica que nunca tuvo en el mundo plaza,
tiene su origen en una fatal incompreensión
de las fuerzas vibrantes que la América encierra,
fuerzas que se debaten, ociosas, en la guerra
fratricida, que ha sido nuestro eterno baldón.

No es cierto que inferiores en el esfuerzo sean
nuestros pueblos a esotros que arrogantes pelean
la lucha diaria, armados de infatigable afán;
no es cierto que la sangre tropical adormida
carezca de aptitudes para vivir la vida
del derecho que es honra, del decoro que es pan.

Nuestros trabajadores venidos a este suelo
dan en todos los campos donde ponen su anhelo
muestras insospechables de una rara aptitud;
tanto, que si tuvieran la sórdida codicia
que almacena caudales en arcas de injusticia,
acaso más pujante que el Norte fuera el Sud.

Lo que nos hace falta para ser pueblos sanos
es elevar la lucha de pequeños gusanos
en que nos debatimos, a un plano superior;
inteligencia habemos, corazón y energía,
tenemos arrogancia, no tenemos porfía,
nos faltan entusiasmos y nos sobra valor.

Los políticos, esos que en la túnica santa
de la Patria han jugado con cinismo que espanta
la vida de sus pueblos — la vida es el honor —,
son de nuestras desgracias los únicos culpables;
ellos son en la Historia los grandes responsables
de haber hecho senderos para el conquistador.

Cuando el deber se yerga sobre tanta vileza
y en el suelo de América la vencida nobleza
recobre al fin los fueros de su hermoso poder,

la casta del político, ya desaparecida,
sólo será un recuerdo penoso de otra vida
que pasó como un vértigo para nunca volver.

El deber de esta América que habla en lengua española
está escrito en las tablas de una ley, de una sola
ley que es alma y compendio de prolífica acción:
mantener su dominio limpio de tiranía
y alzar la alta conciencia de su soberanía
frente a las amenazas de la extraña agresión.

Ya no son lo que fueron los Estados Unidos,
en todas nuestras tierras largamente temidos
por su inexcusable y ultrajante expansión;
maniatada su fuerza por otra fuerza interna
que es grande y poderosa, que es justa y es eterna,
sufrir todos los síntomas de la disolución.

Porque todos los pueblos que a la gigante hoguera
del viejo mundo fueron, por convicción sincera
o por negocio, traen el fuego vengador,
y en sus propios incendios irán cayendo todos,
en diferentes épocas, de diferentes modos,
mientras rugen en torno los vientos del dolor.

La hora que el destino marca a los despotismos
—llámense cacicazgos, llámense imperialismos—
es para nuestros pueblos hora de redención;
limpiemos de sus manchas nuestras lindas banderas
y hagamos que florezcan en dulces primaveras
todos nuestros anhelos en un solo pendón;

No por la vieja senda de las revoluciones
que cual los despotismos brutales, son turbiones
que arrasan los cultivos de nuestra dignidad;
no por las algaradas que son virtud y vicio,
sí por las enseñanzas de un hondo sacrificio
que es el mejor cimiento para la libertad.

Esta labor no es obra de místicos ni locos,
esta labor es obra de unos pocos, muy pocos
hombres de pensamiento, de decoro y de acción
que con la hoz cortante del Derecho en las manos,
siguen las oprobiosas vidas de los tiranos
que mantienen los pueblos en la desolación.

Y así que nuestra América su deber de esta hora
cumpla, en la propia lengua jubilosa y sonora
que heredó del bizarro combatiente español,
podrá decir al mundo con gallarda ufanía
que en los vastos dominios de su soberanía
—por siempre respetados— nunca se pone el sol.

vidos por la competencia y la honradez
acrisolada y no por hombres rechazados
por la conciencia pública.

Cómo se engaña a los pueblos.

PRODUCE inmensa pena ver como
en provincias, y en las aldeas y en
los más pequeños lugares, se explota
mañosa, artera y vilmente la buena fe
política de los humildes luchadores, de
los leales adeptos, de los hombres
buenos y laboriosos que no conocen
del poder otros gajes que los del sacrificio,
y a quienes, sin embargo, se
hace servir de sustentáculo del pecu-

lado y de la explotación sistemática
del tesoro público en una forma u
otra. Apoderarse del organismo oficial
para hacerlo servir a sus pasiones reac-
cionarias y a sus apetitos voraces es el
esfuerzo diario de aquel Proteo polí-

ROGAMOS

a los suscritores de provincias que nos
indiquen el cambio de residencia en estos
meses de verano. Con ello nos ahorran
muchos números que, extraviados, suelen
perderse. Tiempo y dinero y reclamamos fu-
turos nos ahorran con la atención que les
pedimos.

tico que si vuelve a adueñarse de la
cosa pública dará al traste con todo,
sin esperanza de reacción favorable
para nuestros principios. Muchos es-
tadistas, muchos oradores insignes,
notables abogados, veteranos de la
lucha cívica, son un peso muerto hoy
para la marcha del partido. No hablan,
no contribuyen para la vida política
en forma distinta de su adhesión es-
truendosa al que triunfe. ¡Cuánto bien
podrían hacer a la República y a su
partido si tuvieran la independencia de
carácter de que les dan ejemplo de
vez en cuando algunos camaradas!

(El Día, Barranquilla).